

LA BRÚJULA EXTRAVIADA

Luis Bortesi Longhi

Docente de la Facultad

Epígrafe: "Buscad, pues, primero, el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura" Enseñanza de Jesús, El Cristo, según Mateo 6,33.

RESUMEN

Para explicar en pocas palabras el contenido de este artículo, se puede decir que se trata de una disquisición alrededor de la dimensión y del legítimo alcance de la economía. La realidad contemporánea nos demuestra que la técnica prevalece sobre cualquier otra virtud del conocimiento y también que el concepto de "valor" soporta desfiguraciones vulgares que terminan por corromper la autenticidad de lo que debería entenderse, realmente, por lo que constituye la esencia de la jerarquía espiritual e intelectual.

En cuanto a la actividad económica en sí, se advierte que es predominante, que depende de la técnica, y que en innumerables casos, su ejercicio incide netamente en el campo de lo inmoral. En nombre del dinero se cometen las aberraciones más execrables que se puede imaginar no importando que se trate de venta de armas o de explotación infantil.

Un conspicuo jugador de fútbol percibe un salario de 5 millones de dólares mensuales mientras que un médico que trabaja en un leproso de Calcuta o de la selva amazónica es remunerado a razón de 300 dólares mensuales. El sentido común señala que esto es aberrante. ¿Cuál es la verdadera naturaleza o razón suficiente de la actividad económica?

Además, para complicar más la situación, está el asunto del agotamiento de los recursos naturales, de la extinción de las especies, del hueco de la capa de ozono y del efecto del calentamiento global que está erosionando radicalmente la vida en la tierra. Los excedentes económicos de los cuales se apodera el mundo moderno no son realmente "excedentarios", no son producto del resultado del trabajo, sino que son una usurpación, una exacción, cual cobro injusto y violento, criminal; porque no se trata de un fruto del trabajo, sino de un parásito que se ceba en el cuerpo de un moribundo que es la tierra.

Desde el punto de vista financiero, el saqueo del planeta y la contaminación de su atmósfera figuraría en la contabilidad universal en condición de "quebrado", es decir, una gestión que ha consumido, literalmente volatilizado, el patrimonio.

Palabras Clave: Cultura, Filosofía, Economía, Valor, Prioridades.

INTRODUCCIÓN

Este escrito aborda en general el asunto de la filosofía económica que se supone constituye la piedra angular de la política económica porque, tal como se analizará a lo largo de éste artículo, no se puede establecer legítima y honradamente una política eco-

nómica si no existe previamente un soporte intelectual. Por eso se examina el derrotero fundamental que ha tenido históricamente el curso del pensamiento económico a través de sus doctrinas, desde que la economía se considera sistematizada, documentada o científica.

Sin embargo, el título que bien podría ser “filosofía económica” o acaso “disquisiciones sobre economía”, lleva una insinuación más severa: “La Brújula Extraviada” y existe una razón que explica la carga de título. Se trata de que el desenvolvimiento de la actividad económica es su trayectoria a partir de la revolución industrial, donde se quiebra el contenido esencial del concepto normal de lo que es el trabajo humano, alterando y desfigurando su sentido creativo y de colaboración para que en definitiva se pueda alcanzar una “realización” en la existencia.

El deterioro se generaliza progresiva y exponencialmente, a una velocidad uniformemente acelerada tal y cual rige la ley de la física marcando la caída de los cuerpos pesados.

La razón del desorden radica, en primer lugar, en el hecho de que la técnica, que es una destreza derivada de la automatización, exclusivamente pragmática y sin ningún fundamento cultural o moral, predomina extensamente sobre cualquier otro conocimiento. Y, en segundo lugar, que tiene una explicación paralela o concomitante, el desorden radica en la carencia total de claridad sobre el sentido de la vida humana, la visión cósmica, la tabla jerárquica de valores, es decir, sobre lo que vale la pena o no. Para decirlo en concreto, se trata de una confusión total donde no se sabe dónde se ubica el norte y dónde se ubica el sur, si de brújula se tratara.

En consecuencia, hundida la humanidad en un maremágnum, en un bullente y torrencioso laberinto, opta patológicamente por aferrarse a alguna ilusión. Entonces surge el espejismo de las drogas, el sexo y la pornografía, por ejemplo. A menudo, entre los más jóvenes está el mito fanático de identificarse con un equipo de fútbol en nombre del cual se es capaz hasta de matar. La ilusión más

frecuente entre los burgueses es la posesión del poder y del dinero apostando (como se hace en este juego llamado “Monopolio”) a ganar, gestionando empresas.

En todos los casos, prácticamente sin excepción, está presente lo aberrante y lo anormal. De allí que se derive como consecuencia lógica una descomposición general, social, política, moral, y asome como límite, la amenaza peligrosa de la extinción del planeta.

La Filosofía en la búsqueda organizada de la verdad, con el objeto de formularla en planteamientos que impliquen una sistematización de los fundamentos del saber. Desde su origen etimológico griego “simpatía o vocación por la sabiduría”, la filosofía, que se consideró una contribución exclusiva de occidente, hasta la actualidad, tiene un contenido conceptual que ha sido materia de cambios que determinan que en las circunstancias en las cuales nos encontramos en el presente, resulte más difícil ensayar una sola fórmula simplificada para abordar y explicar lo que es la filosofía.

Así, en general, es lícito hablar de filosofía religiosa, filosofía política, filosofía social, filosofía económica, e, incluso, hablar en términos más restrictivos como filosofía de la organización, filosofía empresarial, “filosofía de la atención al cliente...”

Pero lo cierto es que, en todo caso, la filosofía ocupa un lugar jerárquico superior al de la experimentación y la técnica, porque la primera plantea exigencias ontológicas e intelectuales que la segunda ignora; por lo que la filosofía se emparenta con la inteligencia y la cultura, en tanto que la técnica implica un dominio práctico que aspira solamente a resultados sensibles. La filosofía tiene una connotación espiritual; la técnica la tiene de carácter material.

Se están aclarando estas distinciones porque la humanidad contemporánea privilegia y se deslumbra mayoritariamente por los avances tecnológicos (¡y no es para menos!), pero desprecia, o ignora, las virtudes y jerarquías de la cultura y del pensamiento puro.

Cuando, líneas arriba, se dijo que “la filosofía ocupa un lugar jerárquico superior al de la técnica”, lo que realmente se debe interpretar es que la técnica debe estar al servicio de los designios del pensamiento, ya que es imposible, por caótica que sea la realidad actual, que la relación se pueda dar a la inversa.

Las fuentes del conocimiento humano son las siguientes:

- La Revelación, que se apoya en la verdad aprehendida en base a la gracia de la fe.
- La Metafísica, cuyo dominio principal se asienta en el Oriente, particularmente en la India y en la China, donde el descubrimiento de la verdad procede con métodos que permiten acceder a estados de conciencia supra racionales.
- El Arte, que descubre las leyes del esplendor del orden, la armonía y la belleza como verdades inefables.
- La Ciencia, cuya verdad se formula definiendo leyes que explican las causas de las cosas.

Si, como se dijo al empezar, la filosofía es la búsqueda de la verdad, su ámbito abarcaría, de alguna manera, todas las fuentes del conocimiento indicadas.

Pero, desde un punto de vista más riguroso, muchos tratadistas influenciados por la cultura occidental prefieren circunscribir la filosofía al conocimiento de la verdad, logrado gracias a la facultad de la razón humana.

Por tanto, desde esta perspectiva, la filosofía vendría a ser el fruto del conocimiento

lógico, pese a todas las paradojas y limitaciones que obviamente el ejercicio lógico trae consigo.

Muy pocos son los tratados que se han ocupado de la filosofía económica enfocando el fenómeno económico como su preocupación central en la investigación filosófica porque la tendencia, en general, es hablar de la filosofía universal o particularizarla por sectores del saber pero que generalmente no incluyen el ámbito exclusivo de la economía.

Los registros más notables alrededor de la filosofía de la economía recuerdan, en primer lugar, a Aristóteles, quien tuvo la lucidez de penetrar muy profundamente en las nociones del **valor** distinguiendo el valor de uso y el valor de cambio. Este aporte fundamental para comprender la naturaleza del fenómeno económico y sobre todo de la formación de los precios fue recogido y adoptado como soporte a lo largo de la historia de las doctrinas económicas por sus principales investigadores: El sabio escocés Adam Smith, en una parte de su monumental obra, se apoya en aquella distinción. Los trabajos posteriores de otro economista notable, como es David Ricardo, también reconocen el fundamento trascendental de las teorías sobre el valor.

Karl Marx, fundador de lo que él mismo llamó “el socialismo científico”, deposita todo el fundamento de su famosa teoría de la plusvalía en los aportes del filósofo griego Aristóteles. En efecto, Marx analiza y distingue, cuando habla del salario, una diferencia entre el monto que percibe el obrero y la venta del producto efectuada por el burgués capitalista. Clasifica pues un valor de uso del salario y un valor de cambio. Sostiene Marx que la indebida retención de la diferencia configura la explotación del proletariado asalariado.

Tres de los personajes señalados hasta aquí eran filósofos, a saber: el Maestro griego Aristóteles; el profesor universitario Adam Smith quien enseñaba en la universidad de Glasgow la asignatura “Filosofía Moral”; y el estudiante Renano Karl Marx, cuya tesis para doctorarse en la Universidad de Jenna fue “filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro”. (Ambos pensadores griegos, Demócrito y Epicuro, así como su discípulo romano Lucrezio, postulaban la tesis “atomista”, por lo que son llamados fundadores del materialismo. Esta aclaración permite reconocerle a Marx coherencia intelectual, pero, evidentemente se trata de un filósofo y no de un economista de vocación técnica).

Existen diversos intelectuales que aportaron, con la Revolución Francesa y durante la revolución industrial, ideas filosóficas en torno a la sociedad y a la economía (dos conceptos éstos evidentemente consustanciales e inseparables). Robert Owen, aunque no muy conocido, ensayó una aventura histórica altruista y audaz. En sus instalaciones industriales en Lamark, Inglaterra, donde tenía una importante fábrica textil, montó una estructura socialista que hizo temblar a sus colegas empresarios de entonces. Owen escribió varias cartas que se conservan como ejemplo de un empresario romántico y utópico, dirigidas al duque de Liverpool donde señala una serie de injusticias que oprimen a los niños y a los asalariados de las fábricas.

Otro escritor influyente en cuestión de sociedad y economía es el Ginebrino Pierre Joseph Proudhon, contemporáneo de Marx y, en un tiempo, bastante amigo de él, hasta que se le ocurrió escribir su discutida obra *filosofía de la miseria* que suscitó en Marx un gran desprecio intelectual que lo motivó a mofarse despiadadamente de Proudhon mediante una

publicación titulada, sarcásticamente, *miseria de la filosofía*.

Los planteamientos de la llamada Escuela Mercantilista, salvo característica de ser una “doctrina nacionalista” no constituye un planteamiento que puede alcanzar calificaciones filosóficas. El punto central del pensamiento mercantilista consiste en sostener que la riqueza nacional radica en el atesoramiento de metales preciosos.

Desarrollaron una poderosa marina mercante, la que terminó favoreciendo la conquista (Francisco Pizarro conquistador, por ejemplo) para acaparar oro y plata.

Los Fisiócratas esgrimen el planteamiento de la hegemonía de los productos de la tierra, provenientes de la agricultura y el respeto a las leyes naturales y lo sintetizan en la famosa frase atribuida a Gournay: “Laissez faire, laissez passer, car le monde est faite par lui même”.

Posteriormente nos encontramos con economistas notables como son John Maynard Keynes, Alfred Marshall, Milton Friedman, y otros más que se inclinan, más bien, por una perspectiva técnica antes que por una especulación de sustento filosófico.

Está claro que en la actualidad se prefiere el pragmatismo antes que el estudio debidamente fundamentado de los porqués derivados del pensamiento sistemático y organizado que permita la formulación de una doctrina integral que plantee premisas de las cuales se deriven conclusiones prácticas.

La fundamentación más completa en materia de “filosofía económica y social” está recogida y sistematizada en el compendio oficial postulado por la Santa Sede a través sus principales cartas encíclicas, siendo las más tradicionales las siguientes:

Rerum Novarum

Del Pontífice León XIII (1891)

Quadragesimo Anno

Del Pontífice Pio XI (1931)

Pacem in Terris

Del Pontífice Juan XXIII (1963)

Populorum progressio

Del Pontífice Paulo VI (1967)

NOTA: En las Referencias, al final de este artículo se consigna una encíclica más moderna suscrita por Juan Pablo II, relacionada con el Trabajo Humano y que alude a la *Rerum Novarum*.

A partir de la revolución industrial el mundo se polarizó en dos corrientes dicotómicas que son el socialismo y el capitalismo.

Para decirlo en síntesis, el primero privilegia el superlativo de lo social, antepone el interés del grupo frente al interés individual y sostiene que toda la fuente de riqueza proviene del trabajo, tratando de demostrar que el capital no es otra cosa que trabajo acumulado.

En su contra, el pensamiento capitalista, superlativo de capital, pretende que la clave de la riqueza reside precisamente en el caudal de dinero y su inversión y en la habilidad del empresario (del “emprendedor”); asimismo, sostiene el capitalismo que la libertad de iniciativa debe ser la más amplia posible (liberalismo), y que la prosperidad y el bienestar general procederán naturalmente gracias a la suma del esfuerzo de cada individuo (“al buscar su propio provecho el hombre está guiado por una mano invisible...”). Es pues, en este sentido, un sistema individualista.

El mecanismo más eficaz y más justo, según el punto de vista capitalista, será el de la competencia; y su perfecto juez; el mercado.

Al concretarse la victoria de los aliados al cabo de la Segunda Guerra Mundial, aquella polarización se galvanizó marcando dos centros de sistemas competitivos antagónicos: uno presidido por los Estados Unidos (capitalismo) y el otro por la Unión Socialista Soviética de Joseph Stalin.

Ambos campeones gigantes se enfrentaron en una contienda que la historia llamaría “la Guerra Fría”.

Fue en estas circunstancias cuando asomó, en materia de doctrina económica y social, una tercera posición: La Economía Social de Mercado.

El País que a la sazón se encontraba en la situación más desgarradora, completamente arrasado, era Alemania. Los aliados la partieron, literalmente, con un muro, en dos, trazando la línea divisoria en Berlín.

La social democracia, nutrida seguramente por la fuente de las encíclicas papales, accedió al poder en la nueva “Alemania occidental” y estructuró un planteamiento de política económica y social que resolviera la dicotomía entre capitalismo socialismo.

Ludwig Erhard, ministro de economía durante el gobierno de Konrad Adenauer, fue el principal autor de la naciente doctrina cuyo éxito, en su proyección a la práctica, se explica gracias al suculento apoyo financiero que el gobierno de los Estados Unidos le facilitó en el contexto del Plan Marshall.

La discusión central que plantea y aborda la economía social de mercado es la de definir la intensidad en la intervención del estado en asuntos económicos. La política stalinista, basada en los planes quinquenales dictados por el gobierno central, marcaba una intervención totalitaria. En cambio, el otro polo reservaba al estado la prioridad en política

internacional, reduciendo, al mínimo posible, su intervención empresarial.

En este sentido la economía social de mercado propone que la intervención empresarial del Estado debe producirse sólo con carácter de subsidiariedad, es decir, que debe intervenir exclusivamente en los sectores y regiones donde la iniciativa privada no muestra interés.

El papel que se le adjudica al Estado en este sistema es el de ser un promotor del desarrollo, absteniéndose de intervención excesiva y promoviendo, más bien, la inversión en infraestructura física y social.

La iniciativa privada es libre. Se debe tender al pleno empleo. El Estado debe amparar a los desvalidos, niños y ancianos. La finanza pública no debe incurrir en déficit fiscal.

Son éstos los principales preceptos de la economía social de mercado.

(Cabe anotar que la Constitución del Perú proclama en su artículo 58, referido al Régimen Económico, que “la iniciativa privada es libre, se rige por una economía social de mercado”).

El propósito en el que está inspirado el presente artículo obedece a la intención de investigar y acaso proponer fundamentos actualizados de carácter ideológico, es decir, intelectual, donde se sustente la formulación y ejecución de las prioridades y las estrategias que se desenvuelven en la actividad económica antes que privilegiar, como se viene haciendo habitualmente en la actualidad, el puro que empirismo y lo que se ha dado en llamar “pragmatismo”.

Es procedente, antes de dar por concluida la parte pertinente a este comentario, establecer otra aclaración. Se trata de definir el ámbito o dominio de las ciencias económicas puesto, que, como se demostrará en lo

que sigue, un mismo objeto de investigación puede recaer en la escena económica o, en otra esfera como la mágica, la religiosa, la puramente estética, que son de naturaleza sustancialmente distinta a la de la economía.

El conocimiento de naturaleza científica se inscribe dentro de tres reglas principales: tiene un objeto que es el foco de su atención. Sigue un método de observación experimental, ordenado y lógico, sistemático y extrae de ello conclusiones demostraciones y normas.

El objeto de la disciplina económica puede ser (paradójicamente) la escasez y la riqueza.

Pero hay un hecho muy sutil que no hay que perder de vista, y es que un objeto de la investigación no tiene siempre una vocación única.

Con el ejemplo siguiente se aclara esta afirmación. Veamos al elemento agua como objeto de atención y de utilidad. Desde la perspectiva religiosa, es símbolo purificador e iniciático, en cuanto se refiere al Sacramento del Bautismo.

Desde el punto de vista económico, el agua puede ser un servicio urbano; un importante insumo agrícola; una fuente de producción de energía.

En otras ocasiones tiene una connotación estética en las fontanas y en las piletas. En las piscinas (albercas) el agua tiene un valor deportivo y recreativo.

En el palacio de la Alhambra, en Granada, se comprueba que los árabes adoraban el agua cantarina por su frescura, lo que se explica con facilidad cuando se piensa en los rigores del desierto.

Otro ángulo de estudio que ofrece el elemento agua, es el de su aspecto salvaje. En las

pólizas de seguros hay una cláusula alusiva: “daños por agua”.

La economía tiene por objeto el estudio de la escasez (y por lo tanto de la abundancia también) para, mediante un análisis metodológico de procedimiento de calificación de prioridades, abordarla de la manera más inteligente posible optimizando precisamente la aplicación de los recursos, que son escasos.

Dentro de esa perspectiva la administración es la ciencia de la organización; la finanza es la astucia para calcular los misteriosos vaticinios futuros del interés y del riesgo.

La noción completa de economía no se limita a la producción de bienes y servicios, al comercio y a las finanzas. En realidad el término economía debe ser entendido, al margen de su sentido etimológico, como el óptimo aprovechamiento de los recursos, pero incorporando en el centro de los recursos el factor tiempo, que podríamos decir que en la actualidad constituye “el recurso de recursos”.

Se puede hablar de una economía de la amistad, donde el criterio económico radicaría en evitar el desgaste.

Hay una economía en el fútbol. Aprovechar un avance eficaz combinado sobre la valla contraria con menos pases y en menor tiempo implica una economía.

Desde el punto de vista del discurso, del análisis del docente, de la explicación, la economía está representada en la síntesis.

Otro ejemplo interesante está en la construcción y en la arquitectura: economía de los espacios.

Todos los párrafos anteriores tienen el carácter de ilustración preliminar con el propósito de despejar, de proceder a una disquisición, que cultive el terreno para

finalmente enfocar el núcleo que interesa a este ensayo.

Si la clasificación de prioridades, es decir, el establecimiento de los órdenes de prelación es la clave de la economía; en cuestión de política económica, es decir, en la calificación de prioridades que interesan a la nación entera, es imprescindible discutir cuál es el procedimiento para señalarlas.

Veamos. En la política económica la calificación de prioridades enfrenta una exigencia previa de naturaleza filosófica, puesto que no son las mismas las prioridades, por ejemplo, de un postulante socialista que las de un liberal. En esta dicotomía se presenta una interrogante de fondo: ¿cómo se fijan las prioridades en materia de política económica? ¿Puede un técnico, por brillante que sea y animado de la mayor buena fe, determinar prioridades en materia de política económica?

La respuesta es que no. Porque las prioridades en la política económica deben corresponder a un pensamiento que trasciende el análisis metodológico para comprometer una posición principal de naturaleza doctrinaria e integral, en la cual está comprometido el aspirante que pretende ejercer un programa de gobierno que considera mejor y más justo. Si la economía, como disciplina, tiene naturaleza técnica, la política económica deriva (o debe derivar) de un juicio de valor, es decir, de una filosofía política.

El precisamente en este entroncamiento donde se juntan y se conjugan la filosofía y la economía.

¿Cómo establece el postulante a gobernar sus prioridades?

Si es vulgar o deshonesto, repite o copia argumentos que flotan sueltos en el ambiente político y los reproduce muchas veces sin entender lo que está declarando.

Pero en una situación “normal”, la que por desgracia es poco frecuente, los planteamientos son el producto de un proceso que transita por las etapas siguientes:

Premisas axiológicas

Como consecuencia de la influencia cultural derivada del legado histórico de la tradición que heredamos y de **nuestra propia formación** y convicciones, todos los seres humanos acuñamos en nuestro intelecto principios axiológicos, es decir, aquellos que no son susceptibles de ser sometidos a discusión. Son, en buena cuenta, preceptos dogmáticos.

Aquel que profesa el ateísmo así lo sostiene: “no creo, porque no creo”; y su inverso, el creyente, también lo es por estar nutrido por la fe, que es inexplicable. Entre estas dos posturas se encuentra el agnóstico, carente de fe y basado en la sola razón humana que declara: “honestamente, no sé.” Es ésta, probablemente, la posición más humilde.

Pero la realidad necesaria (y no contingente) de nuestros prejuicios no se agota en el campo religioso, sino que se extiende a la política, a la moral, y a todas las simpatías que experimentamos en la existencia.

Reanudando el tema del itinerario que siguen las premisas, las axiológicas le darán soporte a la filosofía política, y como consecuencia a la política económica. Por consiguiente, el que aspira al poder público debe tener como fundamento principal (de “principios”) una formación filosófica que, sistematizada, le permita darle coherencia a la calificación de prioridades. La calificación de prioridades implica un “juicio de valor”.

A partir de la calificación de prioridades derivada de las premisas axiológicas, la etapa siguiente, como corolario, es:

Premisas lógicas

Donde se estructura la estrategia, el discernimiento del “cómo”, la racionalización para abordar los pasos prácticos y concretos necesarios que permitan realizar los programas y satisfacer los objetivos.

Por lo tanto, es en la política económica y su instrumento principal, la calificación de prioridades (se le puede llamar “planificación”) donde filosofía y economía se conjugan en una sola realidad.

Antes de dar por concluido el presente escrito, es conveniente hablar sobre el origen etimológico del término economía que procede de la Grecia antigua: OIKOS NOMOS. La traducción elemental que se hace de oikos es “casa”. Pero su alcance es más rico porque significa centro, mundo, microcosmo. Es el alma colectiva y nomos se refiere a la “norma” de la organización o administración.

Con alguna perspicacia, es lícito percibir una cercana analogía entre las nociones de OIKOS y AYLLU, aquella organización social precolombina que tanto material de estudio ha ofrecido a los profesionales de la antropología. Sustancialmente, el AYLLU, “la parentela”, viene a ser lo mismo: incorpora en su microcosmo a los antepasados, que están sepultados en la comunidad, a los cerros, los animales, la tierra, las aguas, las lluvias... En el Ayllu, que es endogámico, es decir centrípeto, la concepción de la vida se proyecta en una sola gran familia y su economía se anima por el trabajo colectivo y por un impulso mágico-religioso: su manifestación es totalizante, (holística), ya que abarca todo el conjunto y su ritual se despliega con máxima eficacia en las fiestas.

A menudo pasa desapercibido que el término “ecología” participa de todo cuanto se ha dicho sobre *aikos*, siendo en este caso *Logos* interpretado como “La Ley”.

La ecología, hermana de la economía, es la ciencia de los sistemas naturales, entendiéndose por sistema una organización cohesionada de elementos interdependientes.

La agresión perpetrada contra los sistemas naturales provoca grave defecto en el sistema económico y el pronóstico general es nefasto, por desgracia.

REFERENCIAS

El Evangelio según San Mateo. En: *La Santa Biblia*. Nuevo Testamento.

S. S. JUAN PABLO II. "El Trabajo Humano". En: Carta Encíclica *Laborem Exercens*. Castelgandolfo, 14 de septiembre de 1981.

BORTESI LONGHI, Luis. "El Rescate de la Moral: Infracciones que se cometen en el Campo de la Economía, de las Finanzas y en el Mercado Bursátil". IX Taller de Investigación Contable. Vicerrectorado de Investigación, Consejo Superior de Investigaciones, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

SCHMIDT, Eduardo. *Ética y Negocios*. Universidad del Pacífico, Biblioteca Universitaria.

EZRA JOSHUA, Edward Mishan. *El Costo del crecimiento Económico (The costs of economic growth)*. Edit. ORBIS.